

Los lugares de la educación cristiana

*MARÍA NAVARRO GONZÁLEZ**

I. INTRODUCCIÓN: Aclaración de términos

1.1. Educación

Toda educación tiende a que la persona llegue a ser lo que está llamada a ser. Abarca, por tanto, a su totalidad : la inteligencia, los afectos y los comportamientos, el cuerpo con todas sus posibilidades físicas y comunicativas, la dimensión artística y trascendente de la persona, etc. Hace referencia a una relación de ayuda, de confianza y objetividad entre personas: la que educa y la que es educada. La primera posee un potencial de experiencia de vida y un saber asimilado capaz de provocar en la otra un proceso de construcción de su personalidad. La segunda debe encontrar en quien le educa, una gran capacidad de escucha, se ha de sentir valorada y querida por él o por ella.

Educar a otra persona implica, por consiguiente, confiar en ella, en las fuerzas y valores que posee para ir creciendo y madurando en todas las dimensiones de su ser. Presupone gran respeto a su ritmo de crecimiento, a la etapa vital por la que atraviesa y a las circunstancias que configuran su vida.

Para que la educación se realice desde una relación de ayuda y no de dominio o superioridad, se ha de admitir que el protagonismo de la acción, que

*Catequeta. Directora de la Escuela de Agentes de Pastoral, Vicaría II, Madrid.

muchas veces atribuimos exclusivamente a quien educa, lo tiene también el educando. Ambos dan y reciben al mismo tiempo. Ambos se sienten enriquecidos y estimulados en esa relación.

1.2. Educación cristiana:

El término “cristiano” o “fe cristiana” no se entiende sin estar referido a Jesucristo. El cristiano opta por el Señor Jesús y aspira a vivir según el mensaje y el estilo de vida evangélico. El misterio del Verbo encarnado, el enviado del Padre, presente en la Iglesia, por la fuerza del Espíritu, es el centro de toda vida cristiana.

Podemos preguntarnos ¿es educable el ser cristiano?, en una palabra, ¿se puede educar la fe, que es don de Dios que se revela al hombre en el Hijo y provoca una respuesta?

Entramos en un amplio campo que conviene ir matizando. En primer lugar: la naturaleza de la revelación gratuita de Dios, que sobrepasa a toda persona, es una llamada que capacita para una respuesta. Por tanto, la respuesta de la fe, el ser cristiano es ante todo obra de Dios. En segundo lugar la fe proviene del escuchar más que del reflexionar, de la acogida, más que de la elaboración personal de un sistema. En tercer lugar: la fe, el cristianismo se desarrolla y madura en el secreto misterioso del diálogo entre Dios y el hombre.

No obstante, Dios ha querido servirse de las mediaciones humanas para conducir a las personas a la maduración en la fe: para la escucha y la acogida de la Palabra que lleva al conocimiento de la verdad revelada, para la oración y la celebración cristianas, para el ejercicio de la caridad y el servicio a los demás, especialmente a los más pobres, para vivir la fraternidad en el ámbito de la comunidad cristiana y para poder dialogar con otras religiones y otras culturas

1.3. Lugares de educación cristiana

Conviene distinguir entre “lugar” y “ámbito”. Se suele hablar de “lugar”, cuando nos referimos a un espacio comunitario concreto donde se realiza la educación cristiana. Se entiende por “ámbitos” todos los espacios, medios y situaciones en los que se puede, de alguna manera, iniciar o educar en la fe.

La educación cristiana, la educación en la fe, tiene un ámbito universal, no puede reducirse a unos lugares más o menos abiertos o cerrados. Además de los lugares de educación cristiana en los que se hace cercana y se visibiliza la Iglesia y en los que los cristianos nacen a la fe, se educan y la viven, como son la familia, la parroquia la escuela católica, las comunidades de base, las asociaciones y grupos apostólicos, etc. lo son también los medios de comunicación, y otras áreas culturales o “areópagos modernos” como los llama el DGC (1997) y los encuentros y campañas, las peregrinaciones, etc. En el tiempo actual de la Iglesia y en un futuro próximo se abren nuevos ámbitos de proyección interreligiosa y ecuménica

En razón de situaciones y ambientes especiales son también espacios idóneos para la educación cristiana, el mundo obrero, el ámbito universitario, el de la emigración y muy particularmente el de los que padecen alguna minusvalía física o psíquica: sordomudos, ciegos, deficientes mentales, etc. En una palabra, todo ámbito o lugar donde están presentes otros cristianos que testimonian con su vida y anuncian con sus palabras, la Buena Nueva de Jesucristo, el Verbo Encarnado es un espacio idóneo para dicha educación.

II. LECCIONES DEL PASADO

Haciendo un recorrido a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, percibimos una notable evolución en la concreción de los lugares de dicha educación. Al mismo tiempo que se han ido delimitando los lugares y los

ámbitos, se han ido concretando también las funciones que competían a cada uno de ellos. Los lugares clásicos a lo largo de muchos siglos han sido:

- La familia como “iglesia doméstica”
- La parroquia ámbito comunitario de educación, donde se nace y se crece en la fe
- La escuela, con una función educativa específica

2.1. Antes del Concilio Vaticano II.

En la etapa de “nacional catolicismo” la religión se integró en el sistema educativo en todos sus niveles, no universitarios y universitarios, con obligatoriedad generalizada y con un carácter impregnador de toda enseñanza. La estructuración de la sociedad giraba en torno a la religión como su centro y lo religioso formaba parte natural de la familia y del conjunto de la sociedad.

La educación cristiana o educación en la fe, catequesis y enseñanza religiosa, venían a ser lo mismo y los lugares más idóneos la familia, la escuela, y la parroquia. Era difícil distinguir la función de unos y otros. Los tres tenían como fuente principal el catecismo de preguntas y respuestas, y los contenidos de la fe transmitidos solían ser los fundamentos de la fe cristiana, la explicación o comentario de algunas fórmulas de fe. En los tres se practicaba la oración centrada generalmente en recitar unas fórmulas acuñadas y en el ejercicio de la meditación, se insistía en la obligación de la misa dominical, y en el precepto del cumplimiento pascual y se iniciaba a la vida cristiana con una gran carga de moral, de acuerdo con los mandamientos y el ejercicio de la caridad, fundamentalmente de tipo asistencial.

La mayoría de los bautizados conocía “la doctrina” y era practicante, pero había una seria separación entre la fe y la vida; faltaba, salvo excepciones, un compromiso serio con la justicia, la promoción humana, la política, etc.

Estaban llenas las iglesias, pero no había presencia significativa y comprometida en las distintas estructuras e instituciones de la sociedad.

2.2. A raíz del Concilio Vaticano II

Muchos valores del cristianismo fueron rescatados y actualizados por el Concilio Vaticano II. Sus nuevos planteamientos teológicos y pastorales abarcaron la totalidad de la vida de la iglesia. Se reconocieron autonomías, se clarificaron ambigüedades, se tendieron puentes de diálogo en todas las direcciones y se redescubrieron los lugares idóneos para de la educación en la fe.

Y así, inmediatamente después del Concilio surge un movimiento renovador en la educación cristiana, se renuevan los catecismos, se recupera el estudio de la Biblia y la lectura comunitaria de la misma, se introducen los métodos activos que rescatan el valor de la experiencia de vida, como lugar dónde Dios se revela, y los elementos narrativos, simbólicos y audiovisuales. Los ámbitos y lugares propios para la educación cristiana intentan renovarse, aunque muchos de ellos se fijan más en los aspectos externos que en un cambio en profundidad. Si analizamos despacio lo que pasó entre los años 70 y 80, percibimos que se seguía notando la influencia del pasado, aunque se sin duda se realizaron algunos cambios, en unos ámbitos más profundos que en otros.

En todos siguen deseando tener el protagonismo de dicha educación, por lo que es difícil deslindar las funciones y apreciar la complementariedad entre unos y otros, por eso en casi todos se concibe la educación en la fe como catequesis. Se incorporan los métodos activos pero sin llegar a una verdadera transformación de las estructuras, de forma que se haga posible una educación en la fe que forme auténticos creyentes, es decir: que inicie a la persona en el conocimiento del mensaje revelado, en la oración y en la celebración cristiana, en la vida vivida en comunidad y realizada en el compromiso de servicio a los hermanos, especialmente a los más pobres...

A los lugares tradicionales, familia, escuela y parroquia se van sumando otros de posterior creación cuya identidad y misión detallo a continuación:

2.2.1 La familia como lugar de educación, además de enseñar las verdades de la fe y las oraciones, tiene unas funciones específicas: dar testimonio, promover la justicia y el servicio a los hermanos y ser el primer ámbito comunitario en el que los hijos se abren a la fe. “En esta especie de iglesia doméstica los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo y deben fomentar la vocación propia de cada uno”. La familia “practica el ejercicio de la hospitalidad y promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de todos los hermanos que padecen necesidad” (AA 11). “En ella los hijos, en un clima de amor, aprenden juntos, con mayor facilidad la recta jerarquía de las cosas, al mismo tiempo que se imprimen de modo como natural, en los adolescentes, formas probadas de cultura a medida que van creciendo” (GS 61).

Según estos textos, la educación cristiana en la familia, generalmente de carácter ocasional, no sistemático, se le considera inserta en el cauce natural del curso vital de los hijos, y se ha de realizar ante todo, por el testimonio cristiano de los padres y la instrucción cristiana.

Esta preocupación por la educación cristiana de los hijos ha ido “delegándose” cada vez más en la catequesis parroquial, en la enseñanza religiosa en los colegios privados y de las congregaciones religiosas, despreocupándose los padres, con frecuencia, de esta función educativa que le es propia en virtud del sacramento del matrimonio.

2.2.2. La Parroquia se presenta, en los Documentos conciliares, como modelo de educación cristiana y apostolado comunitario “porque reduce a unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia” (AA 10). Ella es el lugar y el ámbito ordinario de nacimiento y crecimiento de la fe. Es, por tanto un lugar comunitario privilegiado para la educación cristiana. En la parroquia se educa en la fe a través de la acogida a quienes se acercan a ella a pedir algún servicio y especialmente, a través de la catequesis y de la celebración litúrgica.

A partir de los años ochenta y más concretamente a raíz del Congreso “Parroquia evangelizadora” (1988), se produce una vuelta a la parroquia y se intenta convertir la institución en “comunidad de comunidades” y en plataforma misionera, “profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas”. (ChL), donde la educación en la fe abarque a la totalidad del ser cristiano.

Para que la parroquia sea realmente evangelizadora, para que pueda ser el lugar privilegiado de educación en la fe y “comunidad de comunidades”, es necesario que sus miembros;

- a) *vivan el misterio* en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración común y en la celebración cristiana;
- b) *vivan la fraternidad* en el encuentro de unos con otros, con libertad, respeto, generosidad y aprecio mutuo; y
- c) *trabajar en corresponsabilidad* favoreciendo la participación responsable de todos y todas.

Este planteamiento requiere, en la práctica, una profunda renovación. ¿Se ha llegado a un cambio efectivo de la estructura parroquial? ¿Qué ha impedido su renovación? Tenemos que reconocer que muchas parroquias han emprendido esta renovación en los últimos años, pero también es cierto que otras muchas se han quedado ancladas en el pasado, porque no han sabido superar las dificultades que todo cambio ofrece. Entre estas dificultades destaco sólo las que me parecen más relevantes. En primer lugar, si no se da un cambio de mentalidad, difícilmente se dará un cambio en la institución y muchos de los responsables pastorales viven todavía en la inercia del pasado. En segundo lugar, en gran parte, estas dificultades provienen de dos características esenciales de este tipo de comunidad: de estar abierta a todos y de tener una configuración territorial.

También existen otros problemas que son específicos de ambientes concretos. *En el mundo rural* tras la despoblación masiva han quedado núcleos de personas, en su mayoría de avanzada edad, que no son sujetos idóneos para un cambio; *en las grandes ciudades* el crecimiento excesivo de la población y el fenómeno migratorio ha producido aglomerados sociales sin ninguna vertebración, en los que la parroquia aparece muchas veces como una

entidad artificial y extraña, a la que sólo se acude en momentos cruciales de la vida para cumplir unas costumbres sociales heredadas. A estos problemas se une la movilidad de una población que, cada día en proporción mayor, posee un doble domicilio.

Esta renovación será posible, cuando impulsados por la fuerza del Espíritu, se llegue a una toma de conciencia real de las dificultades, sea efectiva la participación corresponsable de los laicos en la vida parroquial, se asuma comunitariamente en la Iglesia local la necesidad de poner en práctica las reflexiones del Concilio y se valore y se tenga en cuenta el esfuerzo de tantas personas, implicadas en la renovación de los cauces y estructuras eclesiales,

2.2.3. La Escuela en general es lugar de educación en la fe, en cuanto que en ella se ha de impartir la enseñanza religiosa a todos los alumnos que lo soliciten, bien personalmente porque ya tienen edad para ello, o bien – cuando los niños son pequeños- a través de sus padres.

2.2.4. La Escuela católica además de la enseñanza religiosa que le es propia, es ámbito y lugar de educación cristiana. Junto a los fines culturales y de formación humana de los niños y los jóvenes, tiene como nota distintiva “crear un ambiente animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar, finalmente, toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van recibiendo del mundo, de la vida y del hombre” (GE 8).

La escuela católica favorece también la creación de un ambiente de libertad y de caridad que se especifica en la comunidad educativa, en la que todos sus miembros se sienten verdaderos protagonistas y sujetos activos del proceso formativo.

Por todo ello y por ser medio privilegiado para la formación integral del hombre y la mujer, es un “ámbito evangelizador”, un lugar fundamental para la de educación cristiana. Y por ser, al mismo tiempo un ámbito civil y

secular y un ámbito católico, es también un lugar idóneo para promover el diálogo entre la Iglesia y la sociedad humana.

2.2.5. Surgen también a la luz del Concilio las **Comunidades de base**, que se proponen, mediante proyectos más abiertos, una educación cristiana liberadora y crítica y una catequesis “política”; comunidades que promueven la participación y la corresponsabilidad, que se van configurando como verdaderos lugares de educación en la fe.

Algunas posibles interpretaciones del Evangelio no acordes con las del magisterio oficial de la Iglesia, crea una tensión entre ésta y dichas comunidades que poco a poco, van desapareciendo o quedando en el anonimato, pero, sin duda, han conseguido sembrar una inquietud en muchos sectores de la sociedad que no se sienten satisfecho con la manera educar en la fe en muchos de los lugares y ambientes comunmente admitidos. Esta semilla germina en comunidades cristianas ubicadas en parroquias o en otros lugares, más auténticas y comprometidas.

2.2.6. Se multiplican las **Asociaciones de fieles y los Movimientos** (Acción católica, Comunidades Neocatecumenales, Comunión y Liberación, Focolares, y otras muchas vinculadas a congregaciones religiosas o Asociaciones de fieles, etc) que intentan formar a las personas para ejercer el apostolado como laicos en la sociedad, militantes más comprometidos en sus misiones específicas, según el carisma de cada uno; o bien tienen una finalidad más directamente catequética o caritativa y se ubican en colegios o parroquias o en el ámbito de una Institución religiosa o seglar eclesial. Las posibilidades que ofrecen estas asociaciones son muy diversas y el valor como lugares de educación en la fe depende de la propia dinámica del grupo o movimiento.

2.2.7. **En el ámbito de la educación especial**, la educación en la fe se ha ido integrando progresivamente en los centros específicos propios para los que padecen alguna deficiencia o minusvalía física o psíquica. Estos centros y esta educación han sido impulsados y acompañados por

los organismos eclesiales nacionales y locales, y en ellos se ha intentado ofrecer la posibilidad de vivir la fe según su situación.

En este tipo de educación hacen falta educadores especializados y lugares adaptados a la capacidad de sus destinatarios. Aunque se han dado algunos pasos y se han ensayado algunas experiencias, es un ámbito todavía poco cuidado y que requiere un compromiso serio por parte de la comunidad cristiana. Se ha avanzado poco en la ayuda a las familias para que puedan realizar, más fácilmente esta labor con sus hijos menos dotados. Tampoco la parroquia ha ofrecido espacios y medios adecuados para una integración de estos cristianos en la pastoral de conjunto, en el proceso educativo de la fe y en la vida de la comunidad cristiana.

2.3. Dificultades y problemas no resueltos.

Leyendo los documentos conciliares y otros documentos referidos a la educación cristiana en general y a la catequesis en particular, especialmente los apartados referentes a los tres lugares de educación de la fe comúnmente admitidos, parece que están claras las funciones y competencias de todos estos ámbitos o lugares; pero no lo es así en la práctica:

- a) No es infrecuente que, ni la familia sea un ámbito testimonial y de educación de los valores cristianos, ni la escuela católica un lugar de diálogo entre la fe y la cultura, que por querer asumir funciones que son más propias de la comunidad parroquial, se pasa este diálogo a segundo plano o se ignora; ni la parroquia es un lugar de acogida, donde los hermanos se reúnen, como comunidad fraterna y corresponsable, para escuchar y profundizar la Palabra, celebrar la Eucaristía y prestar un servicio desinteresado a todos los hombres y mujeres, especialmente a los más pobres.
- b) En estos ámbitos y lugares no se ha llegado a un dialogo serio con vistas a un planteamiento pastoral común, en el que todos se encuentren y en el que cada uno se reconozca como complementario de los demás, para que las personas que se educan no se encuentren divididas y lo, que es peor,

con planteamientos contradictorios que les impiden crecer armónicamente en el conocimiento y vida del mensaje evangélico.

- c) Se ha atendido fundamentalmente a los que acuden a estos ámbitos, pero no hemos sido capaces de salir, dentro de nuestra ciudad, de nuestro pueblo, de nuestro barrio, a encontrarnos con otros hermanos que por diversos motivos no frecuentan estos lugares. Probablemente no hemos considerado, la calle, el club, la casa de los vecinos, nuestra propia casa etc. como ámbitos adecuados para el anuncio del Mensaje y sobre todo para dar testimonio de una fe viva y adulta.
- d) El ámbito de la religiosidad popular ha sido poco cuidada y renovada. Se han conservado las costumbres, los ritos y los mitos, pero no se ha dado un paso adelante para ayudar a las personas a encontrar el sentido cristiano de todo ello y a saber discernir entre lo esencial y lo cambiante, entre lo cristiano y lo pagano.

Podemos preguntarnos: ¿Qué falla en el espíritu y la dinámica de cada uno de estos lugares? Sin duda influyen muchos factores que no es posible analizar ahora, aunque si quiero enumerar algunos, que de alguna manera han podido contribuir a frenar la renovación deseada:

- * Muchos de estos ámbitos o lugares no se han sometido a un proceso de análisis y autocrítica, a la luz del Concilio Vaticano II;
- * La fuerte corriente de secularismo que se ha ido introduciendo en la sociedad se ha “colado” también en la familia, la escuela y en la misma parroquia, instituciones, movimientos, etc;
- * El miedo a dejar lo ya conocido y habitual por algo nuevo, distinto y a veces hasta polémico

III. SITUACIÓN ACTUAL

3.1. Cambio social y cambio eclesial

En 1978 se promulga la Constitución española que sanciona el nuevo régimen democrático. En ella se proclama la no confesionalidad del Estado (art. 16) y a la vez se garantiza en la educación la formación religiosa y moral de los ciudadanos de acuerdo con sus propias convicciones (Art. 27, 2, 3). En 1979 se firma el Acuerdo entre el estado español y la Santa Sede sobre enseñanza y asuntos culturales.

La Iglesia Española, ante esta realidad social de no confesionalidad del Estado y convencida de la necesidad de aprovechar todo los ámbitos y lugares posibles para la educación en la fe de los niños y jóvenes y saliendo al paso de los descontentos surgidos, por una parte por la irrupción de la catequesis en la escuela y por otra por los intentos de ignorar toda educación religiosa en este ámbito educativo, publica en el año 1979 un documento sobre "Enseñanza religiosa escolar y catequesis" en el que se expresa con toda claridad las diferencias y la relación entre ambas.

Según dicho documento, en la catequesis es la comunidad cristiana la que convoca, invita y actúa en sus estructuras propias, principalmente en las Parroquias; en la enseñanza religiosa escolar, la Iglesia es llamada a prestar un servicio a la sociedad en los centros donde se lleva a cabo la educación. En la catequesis, que se imparte en la comunidad cristiana, como lugar propio, se supone una intención directa y explícita de la vivencia de la fe y una mayor integración en la comunidad cristiana; en la enseñanza religiosa escolar lo que se pide es que lo religioso se integre en la formación humana de los alumnos y que la visión del mundo y el sentido de la vida tengan una perspectiva cristiana.

3.2. Los mismos ámbitos y lugares con una visión nueva

En octubre de 1979, el Papa Juan Pablo II, en su exhortación “Catechesi Tradendae”, fruto del Sínodo de los Obispos sobre la catequesis, celebrado en octubre de 1977, al señalar quienes son los responsables de la catequesis, enumera educadores de ámbitos muy diversos: sacerdotes, religiosos y religiosas, padres de familia, los maestros, los catequistas, los responsables de los medios de comunicación social (cf. CT 16). Está hablando, sin duda de la catequesis en sentido amplio, de todo tipo de educación en la fe.

Posteriormente, al Iglesia española recoge por escrito la reflexión de muchos años, en tres documentos, de particular importancia para la educación en la fe y en concreto, para la catequesis en nuestro país: “Catequesis de la comunidad” (1983); “el catequista y su formación” (1985); “Catequesis de adultos” (1991). En ellos se pone de manifiesto que todo lo que hace la Iglesia contribuye, de alguna manera, a la educación en la fe de los cristianos; que todo su ser y vivir tiene una dimensión educativa y que “el anuncio, transmisión y vivencia del evangelio se realiza en el seno de la Iglesia particular” (Cad 115).

Refiriéndose al ministerio de la Palabra, la Iglesia española se expresa en estos términos: “La educación de la fe se realiza por medio de múltiples formas y en ámbitos y cauces muy diversos: por ejemplo, mediante la predicación, la homilía, la enseñanza religiosa escolar, la educación cristiana en la familia, la educación escolar de inspiración cristiana, la formación dentro de los movimientos apostólicos, el anuncio del mensaje a través de los medios de comunicación, la enseñanza de la teología, los ejercicios espirituales, retiros, cursillos, jornadas de reflexión...” (CC 58).

Se recupera, **la institución catecumenal**, como “ejemplo típico de una institución nacida de la colaboración de varias tareas pastorales” (DCG 1971, 130), como ámbito de iniciación cristiana, como lugar inicial de *inculturación*, como proceso formativo y verdadera escuela de fe (cf DGC 1997, 91).

Respecto a la catequesis se insiste en que la comunidad cristiana es el lugar propio de la misma. Pero ¿qué comunidad cristiana? Concretamente se habla, como lugar prioritario, de la comunidad parroquial. También se consideran lugares propios las comunidades eclesiales de base, las asociaciones, grupos y movimientos apostólicos, en la medida en que son verdaderamente ámbitos comunitarios.

Para poder discernir claramente cuando y donde se realiza la comunidad cristiana y qué ámbitos son, por tanto, lugar idóneo para la catequesis, en CC se considera la comunidad como fruto del proceso catecumenal y se señalan unos rasgos que la identifican: comunidad cristocéntrica, congregada por la palabra, orante centrada en la Eucaristía; suscitadora de comunión eclesial, misionera, de corresponsabilidad y ministerial; consciente de sus límites y de la necesidad de complementariedad y comunidad de talla humana (cf. CC 257-265). Todo ello acompañado de un sentido de pertenencia y de un talante solidario y ecuménico.

Un examen de conciencia humilde y verdadero, probablemente nos lleva a reconocer que muchos ámbitos que se consideran comunitarios, no lo son. ¿En todas las parroquias se dan estos rasgos? ¿Todas las comunidades de base, los movimientos, asociaciones, etc. son realmente comunidades cristianas con toda su riqueza y también con todas las responsabilidades que conlleva? Urge un planteamiento serio, un estudio crítico abierto a la realidad, que promueva un cambio de estructuras, de mentalidad y sobre todo una profundización seria en lo que es y no es comunitario **cristiano** y, por consiguiente eclesial.

3.3. La mediación del grupo.

El Directorio General de Pastoral Catequética (DCG), publicado en 1971, no habla explícitamente de los lugares de la educación cristiana, pero destaca la importancia del grupo en la catequesis (DCG 76). Más tarde la Iglesia española en CC insiste en ello, porque el misterio de comunión que

es la Iglesia, necesita visibilizarse y experimentarse en el ámbito más cercano, y así tanto el grupo de catequizandos como el de catequistas se convierten en lugares normales de iniciación cristiana. Todos los lugares indicados quedarían desprovistos de fuerza sin la necesaria mediación del grupo. Se puede decir que éste es el último eslabón, el ámbito más cercano a los destinatarios de la educación en la fe, que es al mismo tiempo expresión e iniciación a la comunidad.

El grupo como ámbito de educación cristiana no se reduce a una simple organización, ni mucho menos a una suma de individuos, sino que ha de ser vivo y dinámico, llamado a crecer y a desarrollarse con la colaboración de todos y en un clima de respeto, libertad y confianza. Los componentes del grupo están llamados a construir y a realizar la Iglesia, por lo que es conveniente que reconozcan su pertenencia al mismo y de alguna manera vivan la comunión y la solidaridad y estén abiertos al diálogo con otros grupos y al ecumenismo.

En los procesos grupales es decisivo el rol del animador o animadora, que acompañe en el proceso, con un talante dialogante y cercano. A él o ella corresponde favorecer el que surja la vida y se ayuden unos a otros a crecer. Sólo así será realmente un lugar de educación de la fe, donde se fomenta la creatividad y se hace posible la comunicación y la confrontación de la vida iluminada por la fe y afrontar seria y serenamente los conflictos que inevitablemente surgen en todo grupo humano.

IV. EL CAMINO HACIA EL FUTURO

4.1. Una nueva cultura y unos ambientes de educación cristiana inculturados

Entramos en el año 2000, con un nuevo estilo de sociedad y de familia. Emerge una nueva cultura, con la que el evangelio y la evangelización,

aunque independientes de ella, no son forzosamente incompatibles, sino capaces de impregnarla sin someterse a ella (cf EN 20). Y así, la transmisión del Evangelio, para que sea viva, ha de ser fiel a la tradición de la Iglesia y lo ha de ser también a la cultura que en cada época va surgiendo. El drama de nuestra época – decía Pablo VI en EN “ es, sin duda, el corte entre Evangelio y cultura”, porque “el Mensaje evangélico se transmite desde siempre a través de un diálogo apostólico que está inevitablemente inserto en un cierto diálogo de culturas” (CT 53)

De suyo el contexto cultural no es antirreligioso ni anticristiano; comporta múltiples recursos y valores esenciales para nuevas expresiones de vida, de celebración y de pensamiento cristiano.

Nuestra cultura de hoy valora la autonomía de la persona, su derecho a la diferencia, su libertad de expresión y de conciencia; promueve la creatividad del individuo, la posibilidad de desarrollarse conforme a su deseo. Cada persona se siente llamada, y en cierto modo impulsada, a forjar su identidad, a encontrar su camino en una realidad compleja, sin consignas previamente trazados. Culturalmente fe y libertad están hoy intrínsecamente unidas.

Nos movemos también en una cultura científica y técnica, que a pasos agigantados se va metiendo en el amplio campo de los medios de comunicación y en los misteriosos “poderes” de la informática, que acorta toda distancia y reduce el trabajo y poco a poco va relegando a segundo plano la relación directa con los libros y con todo documento escrito, no informatizado.

La actual sociedad secularizada y pluralista es también plurirreligiosa y el cristianismo aparece como una religión más. Y en un ambiente de prisas, de ruidos, de grandes impactos, todo ser humano necesita también la experiencia del silencio, de la búsqueda de su interioridad, de la expresión religiosa espontánea y libre. En uno y otro campo, recibe ofertas múltiples para satisfacer sus necesidades y sus búsquedas. Proliferan las religiones

de todo tipo, las técnicas orientales, los movimientos religiosos, las sectas, las diversas manifestaciones de la religiosidad popular, etc..

Ante esta situación, la fe y la institución eclesial, pasan hoy por una gran prueba, por un gran reto, tanto en el viejo continente como en las nuevas Iglesias: el de la **inculturación**. Los educadores de la fe son conscientes de ello, pues viven continuamente la contradicción entre expresiones, métodos y lugares tradicionales y su realidad ambiental. La necesaria creatividad en el ámbito de la educación cristiana está, por tanto, en la encrucijada de la tradición y de un contexto cultural concreto.

La primacía en que nuestra cultura sitúa el desarrollo del hombre y el carácter científico – técnico de la misma, el pluralismo de la sociedad y la búsqueda de espacios donde desarrollar su interioridad, tiene implicaciones inmediatas en la educación cristiana y concretamente en lo referente a los ámbitos en que ésta se realiza. Para determinar si los ámbitos y lugares actuales son idóneos o no para la educación cristiana en el futuro, apunto algunas claves que conviene tener en cuenta

- a) Ante todo, en cualquier ámbito o lugar se ha de respetar la libertad de las personas que acuden a él y se les tiene que animar y ayudar para que vivan la libertad de adultos en la fe;
- b) En todo ámbito o lugar se valorará la singularidad de cada persona, sus cuestionamientos, sus talentos, velando para que la dinámica de grupos –siempre necesaria, no obstaculice la apertura de cada uno a su propia subjetividad y autonomía en la fe;
- c) Aunque la Iglesia no es una democracia en el sentido político del término, sino una comunidad que vive según el evangelio, las personas que la forman se mueven en una sociedad democrática, por lo que, situándonos bajo el enfoque de la inculturación., en todos los espacios y ambientes eclesiales la comunidad cristiana tiene que dejarse fecundar por la cultura democrática y superar el contencioso, todavía muy vivo, entre la Iglesia y el espíritu democrático;

- d) Cualquier ámbito educativo cristiano ha de procurar, en su mismo funcionamiento, que las personas que en él se educan vivan una auténtica experiencia eclesial de participación y corresponsabilidad. Y así, los educandos, no solo serán destinatarios de la educación, sino también parte integrante de su organización, programación y realización;
- e) La cultura actual científica y técnica, reclama que en la familia, en la escuela, en la comunidad, allí donde los jóvenes se educan cristianamente se respete la inteligencia de las personas y se las prepare para una *reflexión crítica* en su doble aspecto: en primer lugar, cada persona debe establecer cierta distancia crítica frente a sus representaciones religiosas para verificarlas y, si es necesario modificarlas, en confrontación con el mensaje cristiano. El segundo aspecto, a la inversa, consiste en adoptar un sentido crítico en relación con la fe cristiana, confrontándola con los datos de la experiencia, con las ciencias humanas y los derechos del hombre.
- f) Los grandes progresos realizados en la ciencia del lenguaje y la comunicación nos urgen a no pasar de largo ante ellos y a tenerlos en cuenta en los lugares de la educación cristiana, no sólo como medios, sino también como “ámbitos” de la misma, para poder “comunicar” más clara y fácilmente el contenido del Mensaje evangélico. Entre estos lenguajes y “ámbitos”, tiene hoy un particular interés el de la informática que ya está presente en los lugares educativos, y que es necesario incorporar a la formación cristiana, con la necesaria orientación y ayuda de quienes educan.
- g) La proliferación de ofertas “religiosas” no puede ignorarse en ningún lugar o ámbito que se precie de cuidar y alimentar la fe de las personas. Y al mismo tiempo todo encuentro ecuménico e interreligioso es un “ámbito”, necesario hoy para una educación en la fe que procure la madurez cristiana de las personas. Para que los jóvenes puedan hacer una opción lúcida y responsable y establecer, a la luz de su propia fe, un diálogo interreligioso y ecuménico, no basta con una información, se hace cada vez más necesario un espacio de diálogo, de comunicación, de encuentro entre personas de distintas confesiones y culturas.

4.2. Ámbitos o lugares para la educación cristiana en el tercer milenio

Todos estos retos y otros muchos que aquí no se detallan o que irán apareciendo posteriormente, reclaman una visión amplia de los ámbitos o lugares donde se ha de educar la fe en el futuro.

Ámbitos que, en primer lugar y en diálogo con la cultura y la historia de sus educandos, se han de preocupar de suscitar la fe en quienes o no han sido educados convenientemente en ella o por las fuertes contradicciones y experiencias vividas, la han abandonado totalmente o se limitan a practicar ritos más de carácter social que religioso.

4.2.1. La familia.

La familia del futuro, lo estamos viendo ya, está más fuera de casa que dentro de ella y los hijos pequeños son más atendidos, en muchos casos, por otras personas: las educadoras y cuidadoras de las guarderías, los profesores y tutores del colegio, los animadores de los grupos de catequesis y otros grupos cristianos y fundamentalmente por las abuelas y abuelos.

No es un lugar llamado a desaparecer, sino todo lo contrario es necesario recrearlo, teniendo en cuenta sus peculiaridades actuales, para que, aquellas familias que se confiesan cristianas lo sean realmente y pueda realizar su función de educadora de la fe y más aún para que en estos ámbitos tan cercanos a los niños se desarrolle la primera catequesis de los hijos y se les transmitan los valores humanos y religiosos y cristianos

Por ello es preciso que la comunidad cristiana preste una atención especialísima a los padres, e incluso a los abuelos, mediante contactos personales, encuentros con otros padres, e incluso mediante una catequesis de adultos dirigida a ellos, en la situación concreta en que se encuentran (cf DGC 227)

4.2.2. La Escuela

Se nos está ofreciendo ya, una escuela más abierta, más pluralista y más centrada en los saberes técnicos y en preparar para la vida y la integración

en la sociedad plural, aconfesional y competitiva. La educación cristiana, siendo fiel a lo que le es propio, deberá educar para poder vivir crítica y responsablemente en esta sociedad.

Especialmente la Escuela Católica como lugar propio de educación en la fe, debe procurar que en ella se realice la unidad, integración y diálogo entre la cultura y la fe, entre personas de distintas confesiones e ideologías y de diferentes opciones políticas. Si en ella se vive esta experiencia los alumnos que terminen sus estudios y salgan para realizar en la vida lo que han “aprendido”, lo expresaran de forma natural en sus propios ambientes. Este diálogo se ha de realizar no sólo en las clases de enseñanza religiosa, sino también a través de todas las actividades escolares y del mismo ambiente educativo del centro; un ambiente que estará impregnado de humanismo, de respeto a la pluralidad y a la libertad de cada persona o grupo.

4.2.3. La parroquia

La Parroquia como lugar prioritario de educación en la fe, no deberá estar regida por el principio de la territorialidad, ni mucho menos se ha de concebir como un espacio cerrado, donde acuden los cristianos a recibir una educación, unos sacramentos o unas ayudas humanitarias. Ha de ser una comunidad abierta en la que se puedan insertar todas las personas que opten libremente por ella, movidas por razones, de cercanía, de vinculación afectiva, de planteamiento pastoral, o por otros motivos humanos o religiosos. “Ella está llamada a ser una casa de familia fraternal y acogedora donde los cristianos se hacen conscientes de ser Pueblo de Dios” (DGC 257). Ofrecerá un proyecto de pastoral bien armonizado, con las funciones que le son propias y un proceso educativo integrado, no fragmentado. Ha de ser lugar de experiencia de oración, donde se cultive la espiritualidad, no ajena a la realidad actual, sino desde dentro de ella, para que sea fuente de paz de serenidad y de vida interior profunda.

Ha de plantearse con valentía y creatividad el anuncio a los alejados como acción prioritaria, junto con la catequesis de adultos a los que ya han dado un primer paso en su conversión y en su adhesión a Jesucristo. Para ello se requiere la existencia de un núcleo comunitario integrado por cristianos

laicos ya maduros en la fe; una comunidad corresponsable y misionera que viva en el corazón de la sociedad como célula viva de la Iglesia.

Debe asumir el protagonismo de los laicos – hombres y mujeres- concedores de la dinámica social actual, metidos en ellas y concedores también de la vida, mensaje y misión de Jesucristo, al que han dado su adhesión; personas que se experimentan llamadas a seguirle y a anunciar la Buena Noticia del Evangelio, pues “de este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de evangelizar, y de llevar a otros el “sí” de la fe en Jesucristo” (CCE 429).

4.2.4 Comunidades de base

Estas comunidades, surgidas a la luz del Concilio, se han difundido principalmente por América latina. Para Medellín y Puebla son “ célula inicial de estructura eclesial y foco de evangelización y, actualmente, factor primordial de promoción humana y desarrollo” (Med. 15, 10), “un motivo de alegría y esperanza para la Iglesia” (P. 96) y “expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo”.

Las comunidades de base pueden nacer en el ámbito de una parroquia, de una congregación religiosa o asociación seglar, o bien de un grupo espontáneo que se reúne para orar, leer la Biblia o para encontrar respuesta a sus necesidades y problemas. No tienen apenas estructura y en ellas se da gran importancia a la comunicación, el diálogo, la corresponsabilidad y el servicio al pueblo sencillo, especialmente a los más pobres. Su acción parte de un análisis de la realidad, para que la propuesta de la fe conecte con su situación y proporcione una visión de la vida acorde con el Evangelio.

Estas comunidades pueden ser, y es deseable que sean, en un futuro, auténticos lugares de educación en la fe, de formación de creyentes que vivan su cristianismo de modo comunitario, profético, solidario y misionero. Comunidades que opten por los sencillos y los pobres, llamadas a denunciar el proyecto social existente y animadas a empeñarse en la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

La Iglesia de la vieja Europa y concretamente la de España, tendrá que asomarse con humildad y esperanza a la experiencia de nuestros hermanos del nuevo continente, que quieren vivir en autenticidad el mensaje evangélico dirigido a los sencillos.

4.2.5 Los Movimientos y asociaciones promovidas por laicos o por religiosos

La diferencia cualitativa actual, respecto a otros tiempos, de estos movimientos y asociaciones, como ámbitos educativos está en la necesaria apertura a la dimensión política de las personas y a la conciencia social de que la causa de la pobreza está en la injusticia de toda índole, personal, estructural, institucional, etc. que impera en nuestra sociedad, para poder empeñarse efectivamente en la lucha por erradicarla. Porque los cristianos no podemos asumir una postura de neutralidad, o vivimos según el Mensaje de Jesús o de espaldas a él. Y en razón de esta responsabilidad han de organizar la formación de sus militantes y sus proyectos.

Y si quieren ser movimientos eclesiales, no pueden vivir al margen de lo que la Iglesia, en su totalidad, propone y vive. Por ello se impone esa coordinación y complementariedad

Estos movimientos y asociaciones son también fuente de pluralismo en la Iglesia porque plurales son sus carismas y las acentuaciones que ponen en la formación cristiana, dando lugar a diferentes tipos de educación en la fe y, concretamente de catequesis: más doctrinales, kerigmáticos, antropológicos, liberadores; más misioneros, bíblicos, patristicos, contemplativos, magisteriales o testimoniales. Es obligado el respeto al pluralismo, dentro de una razonada unidad; pero también lo es el situarse en las búsquedas, necesidades y retos de la sociedad y de la Iglesia del siglo XXI.

4.2.6. La educación especial

Los lugares propios para esta educación son aquellos que los discapacitados o inadaptados frecuentan, desde la familia, la escuela o centro educativo, hasta la comunidad cristiana en la que de alguna manera están, o deberían estar, integrados.

Esta educación requiere itinerarios adecuados y personalizados que tengan en cuenta las aportaciones de la pedagogía actual, la sociología y la psicología y se ha de realizar en el contexto de una educación global de la persona (cf DGC 189).

También ellos y ellas son miembros vivos de la Iglesia, ciudadanos libres en nuestra sociedad con los mismos derechos y deberes de los demás, en la medida de sus posibilidades. Por consiguiente en cualquier ámbito o lugar en que se eduquen se les debe procurar una educación que le ayude a integrarse y a vivir con los demás y como los demás en su entorno de familia, trabajo, barrio, ciudad, etc,

La educación en la fe, cercana y sencilla a su vida, le proporcionará los datos suficientes para llegar al conocimiento de Jesús, que se interesa por los sencillos, los ama, los valora y convive con ellos; y hará posible una integración en la Iglesia, donde vivan la cercanía de los hermanos, la riqueza de la diversidad de personas y de actividades y su función activa y valiosa en la comunidad inmediata.

4.2.7. Los ambientes y grupos diferenciados

El DGC (1997) entre los destinatarios de la catequesis, que podemos hacer extensivo a todos los modos de educación cristiana, señala otros “ámbitos” que en cierta medida, han estado algo descuidados hasta hoy: el mundo de la marginación (emigrantes, enfermos, toxicómanos, encarcelados, etc.) y el mundo obrero, el de las profesiones liberales, de los artistas, de los hombres de ciencia, de la juventud universitaria, etc. Señala también la diferencia entre los ambientes urbanos y los ambientes rurales.

En la práctica es difícil atender a todos estos colectivos en lugares específicos para ellos. En el mismo espacio en que se encuentran ha de hacerse presente la Iglesia, ofreciendo, no imponiendo, el Mensaje de esperanza y de realización humana que ofrece el Evangelio.

Todo estos destinatarios necesitan itinerarios y lenguajes diferenciados, adaptados a ellos y han de ser acompañados por personas especialmente capacitadas y preparadas para poder educar desde la situación concreta de cada uno de estos grupos.

4.2.8 La religiosidad popular

Es este un ambiente educativo amplio y últimamente bastante polémico. Un go un ámbito que hay que cuidar y que no está llamado a desaparecer, sino que por el contrario crece y se desarrolla cada vez más, sobre todo en lo referente a hermandades y cofradías, las peregrinaciones, el culto a María, y todo lo referente a las devociones específicas de los distintos pueblos y ciudades y las apoyadas por los poderes “milagrosos” específicos atribuidos a determinados santos y santas.

En todos ellos se resaltan unos elementos que son esenciales en la vida del ser humano: la expresión festiva y celebrativa, el ambiente de comunicación y fraternidad que se crea y la notable presencia de elementos simbólicos y significativos, lenguaje que al hombre y a la mujer de todos los tiempos le ha sido muy cercano y que hoy lo es mucho más.

Los lugares propios son aquellos que congregan al pueblo para un determinado culto, homenaje o manifestación. Todos con una dinámica y una finalidad diferenciada y concreta y muchas veces con una notable presencia de elementos no cristianos.

En cada uno de estos ámbitos y lugares se ha de ser muy respetuoso con su modo de expresar la fe y acoger todo lo que de positivo hay en ello, desde dentro, desde el corazón de esta religiosidad.

Todos necesitan renovar sus motivaciones y descubrir la razón de ser de esas expresiones y todos pueden ser, sin duda, un espacio adecuado para introducir en la verdadera dimensión del culto a Jesucristo, a María y a los santos.

Por ello, se requiere una educación en la fe, una “catequesis” que “asumiendo tal riqueza religiosa sea capaz de percibir sus verdaderas dimensiones interiores y sus valores innegables y de ayudarles a superar los riesgos de fanatismo, de superstición y de ignorancia religiosa” (DGC 195). Esta religiosidad bien orientada “puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo” (EN 48).

4.2.9. El diálogo ecuménico

Anteriormente he aludido al ecumenismo como “espacio” de educación en la fe. Un espacio que se puede concretar en unos lugares específicos, como

los centros y encuentros ecuménicos, los foros y congresos, las experiencias sencillas de comunicación, oración y actividades diversas entre grupos de distintas confesiones religiosas..

Un “espacio” que también puede y debe tener cabida en la parroquia, la escuela, los movimiento o asociaciones donde se estén formando cristianamente los adultos y jóvenes y también los niños, porque “toda comunidad cristiana, por el hecho de serlo, es movida por el Espíritu Santo a reconocer su vocación ecuménica en la situación concreta en que se encuentra, participando en el diálogo ecuménico y en las iniciativas destinadas a realizar la unidad de los cristianos” (DGC 197). Gracias a este diálogo se pueden superar desconocimientos y prejuicios y abrirse a un mejor entendimiento mutuo.

4.2.10. Los “aerópagos” modernos

El primer “aerópago” del tiempo moderno es el mundo de la comunicación que está unificando a la humanidad “ (RM 37) y la Iglesia, gracias a ellos, puede hablar a las masas. Por eso la utilización de los mass media ha llegado a ser esencial para la evangelización en general y para la catequesis en particular. Cada uno de ellos puede ser un “ámbito” donde se eduque en la fe, y como tales han de ser cuidados, programados. Cada uno de ellos ha de ser dotado de personas competentes en la materia, profesionales de los medios que conozcan, vivan y comuniquen el Evangelio como horizonte de verdad, de responsabilidad, de defensa de la libertad, del respeto a la dignidad de la persona. En definitiva han de ser lugar de encuentro con Jesucristo, el Verbo encarnado, presente también en nuestra cultura y en nuestra historia

Uno de estos “aerópagos”, el mundo de la informática ha entrado ya por las puertas de la Iglesia y poco a poco serán de uso común en todo centro y lugar de educación en la fe. Pero no olvidemos que la validez pastoral de un medio (sea persona, grupo, instrumento o lugar) depende del grado de comunicación que favorezca. De ahí que este “ámbito” educativo no puede quedar para una simple utilización de los que se educan, sino que ha de ser cuidadosamente integrado en el sistema educativo, junto con otros medios;

Por consiguiente, en este espacio educativo, sigue siendo crucial la presencia del educador que acompañe, oriente y favorezca la comunicación. Si esta presencia cualificada no es posible hablar de lugar adecuado para la educación cristiana, ni mucho menos para la catequesis.

Recordemos, por último, que la comunicación no está en los medios, sino en las personas que se comunican entre si, por eso el lenguaje de los medios en manos de un grupo (no de un solo individuo) le dan a éste todo el protagonismo necesario para poder discernir críticamente el lenguaje camuflado que muchas veces aparece en dichos medios.

CONCLUSIÓN

Resumiendo todo lo dicho podemos concluir que todos los ámbitos o los lugares de educación cristiana, en sus múltiples formas, espacios y situaciones, han de formar, en el próximo milenio, para la proclamación de la fe en una sociedad pluralista. Para ello hará falta educar las relaciones fe-vida, mensaje cristiano-contexto cultural, fe-pluralismo, identidad de bautizados-diálogo ecuménico; reflexión teológica-religiosidad popular, etc. y se han de buscar expresiones de fe significativas para los hombres y las mujeres de hoy.